

Cómo se hace un maestro

Por Ruth Pedrañez*

*A la memoria del Dr. Abraham Torres, mi querido alumno
hacedor de maestros, y a Cecilia Almarza, "La Ticher",
quien se hizo docente mediante el amor que le
entregó a sus alumnos.*



Existe la convicción de que un maestro es aquel que, previo cumplimiento de los requisitos exigidos por la Ley, obtiene un título académico que lo hace maestro. Pues no es

tan así, eso tal vez sea solo el inicio. Un maestro no nace en un acto de grado, se va haciendo mediante un proceso llamado práctica docente y son los alumnos sus pequeños grandes hacedores. Si tal

* Ejerció durante muchos años la docencia en el área de Ciencias Sociales en el liceo "Rafael Urdaneta" de Fe y Alegría, región Occidente.

vez esto lo leyera un brillante intelectual estudioso de la educación preguntaría: ¿en qué teoría se fundamenta dicho planteamiento? Y la respuesta es muy sencilla.

Los y las estudiantes educan al maestro, porque desde la convivencia, el saludo diario deja de ser un formal cumplido y entonces brota desde el alma lo que siente su corazón en cada encuentro pedagógico, diciéndoles “Buenos días, mis amores”.

Son los y las estudiantes quienes enseñan al docente las normas del buen hablante y el buen oyente, en el momento cuando el educador aprende a callarse para que hablen ellos o, por ejemplo, cuando saca lo mejor de sí y sus palabras se traducen en bálsamo que ayuda a sanar las heridas internas de ellas y ellos.

Un maestro se hace cuando coloca a un lado los contenidos programáticos para atender las razones por las cuales su alumno estaba distraído en la clase o el por qué llegó tarde, las circunstancias que motivan su rebeldía o simplemente por qué sabotea la clase.

Un maestro se hace cuando lo más importante en su planificación es despertar en sus estudiantes la curiosidad por explorar la vida, su capacidad de asombro ante cada detalle, su opinión propia, desinhibida y ajustada a su lógica de niño, sus alternativas para solucionar problemas, desprovistas de obstáculos y prejuicios paralizantes, su capacidad de amar incondicionalmente al maestro que admira y, al mismo tiempo, contar con la riqueza de un corazón humilde, que perdona y olvida el dolor que, a veces, se les puede causar.

Un maestro se hace cuando sustituye la clase aburrida por experiencias humanizadoras, en un mundo en el que cada vez más se alteran los valores; los estudiantes con sus vivencias sinceras y espontáneas les dan sentido al verdadero significado de las palabras amor, solidaridad, comprensión, paciencia, compromiso, respeto, entrega, desinteresada, alegría, amistad, esfuerzo... incluso enseñan nuevas palabras: “no te enrolles”, “bájale dos”,

“ción”, en vez de “bendición”, “hola, bro”, “me veo cool”, entre tantas.

Los alumnos hacen padres a sus maestros, ya que son ellos sus primeros hijos, ayudándolos a superar al rutinario catedrático para ser la persona que los cuida, orienta, acompaña, anima, los ama, consuela, escucha y hasta los hace reír.

Por allí dicen que los docentes son poco valorados, pero cuando un maestro visita la casa de su alumno, recibe una esplendorosa y maravillosa bienvenida así sea en medio de las más grandes carencias económicas; los gestos de cariño y atención lo hacen sentir uno de los seres más importante del mundo.

Un maestro se hace cuando, conociendo a sus alumnos, aprende a conocerse a sí mismo, ya que estos pequeños hacedores son hábiles arquitectos, delicados escultores que pueden sacar de adentro, la parte más noble de alguien y dar perfecta forma humana a una persona.

Cuando un docente contextualiza su didáctica en la realidad de la vida de sus estudiantes, la sociedad deja de serle indiferente, el trabajo pedagógico pasa entonces de ser una actividad por la que recibe un salario a transformarse en un apostolado que se prolonga más allá de la jubilación. Va de un horario de clases a una opción de vida en la que trabaja incansablemente para ser imagen y semejanza de Jesús, sal de la tierra y luz del mundo.

Un maestro sabe que está cerca de serlo, cuando aquel estudiante que ya no está en su aula lo visita para compartir, el júbilo por la meta alcanzada: “maestro, pasé de grado, ... profe, ya soy bachiller...”. Y un tiempo después regresa anunciándole: “maestro, ya me gradué... ¡me inspiré en usted!”. Es allí cuando contemplativamente aquel educador recorre junto a su ex-estudiante el pasillo que lo lleva hacia el escenario donde todo está listo para recibirlo, a través del éxito del que una vez fue su alumno. El 15 de enero se traslada así, a finales de julio y recibe el más glorioso y significativo reconocimiento: es MAESTRO.